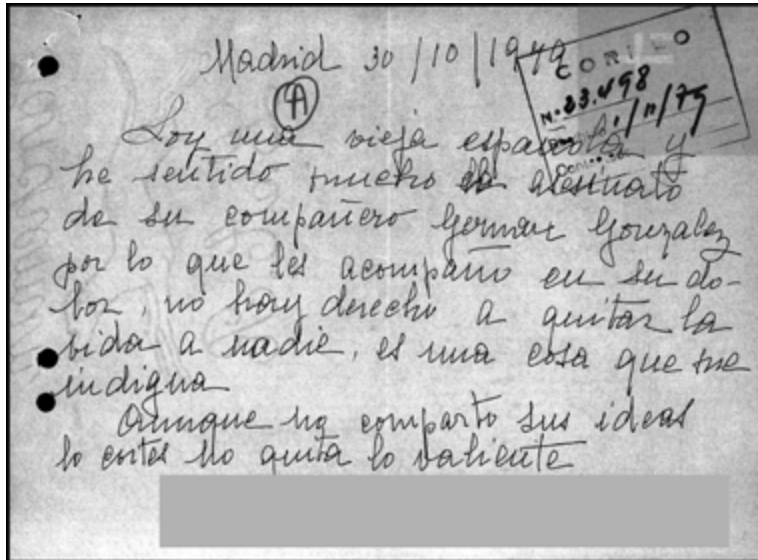


## Capítulo 5



Carta de una ciudadana al PSOE dándole el pésame por el asesinato del militante socialista Germán González. Madrid, 1979. Archivo Fundación Felipe González, signatura AFFG FFG0004373.

Una tarde de octubre

Por Eduardo Madina

Un Chrysler 150 de color verde claro fue robado en las cercanías de la localidad guipuzcoana de Urrretxu a las dos y media de la tarde del 27 de octubre de 1979 por parte de tres miembros de ETA. Uno de ellos esperaría, dentro de ese coche robado, a la llegada a la plaza del pueblo de un SEAT 127 de color rojo. Los otros dos, en la barra de un bar próximo.

A las cuatro y media de la tarde, German González aparca en la plaza, abre la puerta del conductor y levanta la vista para salir. En el momento en que lo hace, dos sombras de ETA habrán aparecido de la nada y vaciarán dos cargadores completos de balas 9 milímetros parabellum sobre su cuerpo hasta acabar con su vida al instante. Después, saldrán huyendo en el Chrysler de color verde claro que les estaba esperando.

Es posible que unos días después, Amaia Zubizarreta leyera una noticia más o menos como esta en algún periódico de Madrid: German González, 34 años, natural de Horcajada, provincia de Ávila, soldador de profesión, aficionado a la fotografía, ha sido asesinado ayer por la tarde en el municipio guipuzcoano de Urrretxu. Este atentado de ETA se produce tan solo unos pocos días después de que la sociedad vasca accediera, por la vía de un refe-

réndum al autogobierno derivado de su propio Estatuto de Autonomía. En dicho referéndum, German González, militante del PSOE y de la UGT desde 1977, había trabajado por el sí.

Es también posible que, en ese mismo instante, Amaia Zubizarreta empezara a dar forma, en el interior de su casa de Madrid, a la idea de escribir una carta a Felipe González en la que expresar su solidaridad por la muerte de un hombre anónimo a quien no conocía.

Seguramente sabía que Felipe González acababa de ser reelegido, tan solo un mes antes, secretario general del PSOE en un año que, seguramente, figurará entre los más convulsos de la historia de su partido político. Repasemos. En marzo de ese año se habían celebrado en España elecciones generales. El PSOE obtuvo los que, hasta la fecha, eran los mejores resultados de toda su historia; más de cinco millones de votos y 121 diputados que le convertían en la segunda fuerza política del país y en la primera de la izquierda.

Sin embargo, en la celebración del congreso federal posterior, en el mes de mayo, el partido abogó por la defensa de un proyecto de corte marxista que Felipe González no tenía intención alguna de liderar. Tras no presentarse al liderazgo del partido, se abrió un vacío de poder resuelto con una gestora que se hizo cargo del partido hasta la celebración, el 28 y 29 de septiembre de ese mismo año de un nuevo congreso extraordinario. En él, el PSOE da un paso atrás en sus pretensiones marxistas y elige de nuevo a Felipe González como secretario general. Todo sucede muy rápido, tan solo un mes antes de que, en algún lugar de Madrid, una mujer íntimamente afectada por un asesinato de ETA y que respondía al nombre de Amaia Zubizarreta, se decidiera a escribir una carta de solidaridad al reelegido líder político de un partido cuya ideología no compartía.

1979 fue un año lleno de incertidumbre y de violencia para toda España. Un país que atravesaba como podía una débil transición a

la democracia, veía como el grupo terrorista que acabó con la vida de German González, terminaría cometiendo un total de 84 asesinatos en una inimaginable secuencia de atentados continuados.

En el tiempo transcurrido entre los dos congresos del PSOE en los que Felipe González renuncia al liderazgo y es reelegido, ETA construye el macabro contexto en el que Amaia Zubizarreta escribirá su carta a Felipe González. Día 2 de mayo de 1979, asesinados en Madrid dos agentes de la Guardia Civil, José Miguel Maestre y Antonio Peña. 17 de mayo, asesinado el propietario de un bar en Leona -provincia de Bizkaia- que respondía al nombre de Antonio Pérez. 25 de mayo, tres altos mandos del ejército, Jesús Ábalos, Luis Gómez y Agustín Laso son asesinados en Madrid junto a un civil llamado Luis Gómez Borrego. El 6 de junio, un empresario en Bergara, Luis Berasátegi. El 7, un comandante retirado del ejército en Tolosa, Andrés Varela. El 13, Ángel Baños, trabajador de la central nuclear de Lemoiz. El 19, un empresario en Irún, Héctor Muñoz. El 22, Diego Alfaro, agente comercial, asesinado en Basauri. El mismo día, en San Sebastián, Francisco Medina. El 22 de julio, un camarero, Jesús María Colomo. El día 28 dos policías nacionales en Bilbao, Miguel Ángel Saro y Emilio López De La Peña. El día 29 de Julio, dos agentes de la Guardia Civil en San Sebastián, Moisés Cordero y Antonio Pastor, un submarinista en el aeropuerto de Barajas, José Manuel Amaya, y en la estación de Atocha de Madrid, tres ciudadanos llamados Dorotea Fertz, Jesús Emilio Pérez y Guadalupe Redondo, y un miembro de la Guardia Civil llamado Juan Luna. El 2 de agosto morirá Dionisio Rey, policía nacional herido en esa bomba de la estación de Atocha. El 4, Juan Tauste en Eibar, agente de la Guardia civil. El 8, su compañero Antonio Nieves. El 13 un agente de la policía municipal de Portugalete, llamado Manuel Ferreira. El 16, Antonio López en un municipio de Bizkaia llamado Sondika. El 18, José Manuel Juan, deportista que morirá por las heridas de aquella bomba de la estación de Atocha. El 30 de agosto, dos agentes de la Policía Nacional. Uno en Zumárraga, José María Pérez. El otro en San Sebastián, Aureliano Calvo. El 13 de septiembre, un banquero en Baracaldo, Modesto Carriegas. El 19, dos miembros del ejército en Bilbao, Julián Ezquerro y Aurelio Pérez. El 23 de septiembre el gobernador

militar de San Sebastián, Lorenzo González. El 26, un taxista en Rentería, Sixto Holgado. El 30, un policía municipal en Gernika, Alfonso Manuel Vilariño y un camarero en Las Arenas, Pedro Goiri. El 8 de octubre, el policía Carlos Sanz. Y el 27 de ese mismo mes, un hombre que aparca su SEAT 127 de color rojo en la plaza de un pequeño pueblo de Guipúzcoa llamado Urretxu y que conmueve a Amaia Zubizarreta hasta el punto de atreverse a escribir una carta de solidaridad al recién reelegido secretario general del PSOE, Felipe González. Unas breves líneas escritas en un año asfixiante de asesinatos y de violencia política. 1979 se completará con otros ocho asesinatos más. Y dará paso a un 1980 en el que ETA llevará a cabo casi 100 asesinatos. El año más sangriento de toda su historia.

La autora de la carta no conoce a Felipe González. A pesar de eso o quizá por eso, le escribe líneas directas que van al corazón del asunto; «he sentido mucho el asesinato de su compañero», «les acompaño en su dolor», «no hay derecho a quitar la vida a nadie», «es una cosa que me indigna». No hay duda, el lenguaje demuestra que la mujer es consciente de que no hay razón para adornar nada, que no es momento de alargar el texto. Tan solo traslada el mensaje central. El rechazo a los asesinatos y la solidaridad con los miembros del PSOE representados, todos ellos, en su líder. Es todo.

Es posible que, Amaia Zubizarreta, no pueda imaginar, en el momento de escribir esa carta, que tres años después la persona a la que escribe será elegida presidente del gobierno de España gracias a la mayoría más amplia que nunca haya tenido nadie en nuestro país. Por tanto, tampoco sabe que gobernará durante 14 años de forma ininterrumpida. De la misma manera, no puede tampoco saber que Felipe González verá cómo ETA le roba a algunos de sus mejores amigos en el tiempo del ejercicio de su cargo y que continuará enterrando compañeros de partido hasta bien entrado el siglo XXI. No puede saber que, trascurrido el tiempo, el presidente se llevará, quizá para siempre, la amargura de saber que, durante su mandato, ETA quedó enormemente debilitada, pero todavía activa.

Amaia Zubizarreta quizá ni siquiera imagine, en el momento que escribe aquella carta, que ETA se mantendría activa durante 32 años más. Y que se llevaría la vida de cientos de personas, que condicionaría el desarrollo vital de varias generaciones de españoles y que continuaría sembrando dolor hasta su derrota definitiva en octubre del año 2011.

No sabemos si la autora de la carta escribió antes a otros presidentes. Quizá Adolfo Suárez o Calvo-Sotelo también recibieron cartas de solidaridad de esta «vieja española» que un día de octubre de 1979 se sintió interpelada a romper su silencio y trasladar a Felipe González su solidaridad en el marco privado y silencioso de una carta personal.

Lo que sí sabemos es que no fue hasta finales de los años 90 cuando se rompió definitivamente el silencio y la protesta en el ámbito privado hasta alcanzar dimensión pública. En esas fechas, casi 20 años después de la carta escrita por Amaia Zubizarreta, la sociedad vasca y la española empezaron a mostrar su rechazo al terrorismo de ETA de forma pública y masiva. Llenaron las plazas y las calles. Y resultaron determinantes en la aceleración del desgaste de ETA en su último ciclo hasta entrar ya muy debilitada en su última fase. Es muy posible que la autora de la carta ya no viera nada de todo esto. Como también es muy posible que, de poder verla, no reconocería la realidad vasca y española de hoy, este tiempo en el que nuestro país ha superado ya cinco décadas de aquella violencia terrorista que nació en el corazón mismo de la sociedad vasca, que enraizó en sus lugares más oscuros, que buscó completar algo parecido a algún tipo de poema romántico y épico, que derivaba de un miedo atávico y anti ilustrado, que tenía vocación totalitaria y que fue finalmente derrotada –de nuevo– una tarde de octubre del año 2011. En aquel momento, Felipe González llevaría ya 15 años fuera de las responsabilidades institucionales y su partido estaría completando los últimos meses de su segundo gran ciclo de gobierno.

No sabemos que fue de Amaia Zubizarreta. Nos queda su carta, sus líneas secas y directas, su lenguaje frío y a la vez cálido, con algo

de valentía y a la vez de miedo en el interlineado de su breve texto. Hay en él, algo a la vez mostrado y contenido, como en una breve dialéctica emocional con todos sus contornos trazados en no más de 50 palabras.

Es inevitable, su lectura trae a mi memoria los rasgos de una Euskadi que ya no existe. Veo en ella el tiempo detenido en las convulsiones históricas de una democracia recién nacida. Veo a una mujer anónima acercándose a un bolígrafo y un folio en el silencio triste y contenido de una casa cualquiera en Madrid. Veo un SEAT 127 de color rojo entrando en la plaza de un pueblo guipuzcoano llamado Urretxu, las 16.30h de la tarde de una lluviosa tarde de octubre de 1979.